

II Congreso de la Asociación Argentina de Sociología. Asociación Argentina de Sociología, Villa María, 2016.

# Apuntes de una investigación interdisciplinaria.

Lautaro Cossia.

Cita:

Lautaro Cossia (2016). *Apuntes de una investigación interdisciplinaria. II Congreso de la Asociación Argentina de Sociología. Asociación Argentina de Sociología, Villa María.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-046/84>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## **Apuntes de una investigación interdisciplinaria. Lautaro Cossia (CIM, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales UNR)**

Esta ponencia expone algunos de los desafíos teórico-epistemológicos, metodológicos e interpretativos planteados durante el diseño y la realización de un trabajo de investigación centrado en la exploración y el análisis de la producción gráfica humorística de la ciudad de Rosario en los comienzos del proceso de mediatización de su vida pública (1870-1900). Dicho trabajo, convertido finalmente en tesis, supuso construir una historia de medios local e indagar el desarrollo y la estabilización de la prensa decimonónica en tanto estructura socialmente establecida de comunicación que marca la lenta pero inexorable articulación entre las prácticas políticas y sociales, el funcionamiento de las instituciones y los medios de comunicación existentes en la época.

En ese marco de indagaciones surgió la necesidad de establecer criterios de trabajo precisos y explicitar los supuestos de base que guiaron el estudio. Aquí nos proponemos describir lo realizado en la investigación mencionada y, sobre todo, pensar los límites y la pertinencia de un trabajo interdisciplinario que asumió el desafío de diseñar un cruce posible entre la historiografía y la sociología de la cultura; entre la historiografía y la comunicación; entre la historiografía y el análisis de los discursos. ¿Cómo abordar un problema de investigación alojado en el pasado remoto, significativamente diferente del momento actual de la mediatización? ¿De qué manera vincular los sistemas de signos que hemos recibido de una época con los hechos políticos, sociales y culturales de esos tiempos? El intento de dar respuesta a estos interrogantes implicó un pormenorizado rastreo y descripción del archivo disponible y la formalización teórica del objeto en función de las necesidades analíticas y las incomodidades epistemológicas y metodológicas de la interdisciplinariedad.

Palabras claves: interdisciplinariedad / epistemología / interpretación

### **Apuntes de una investigación interdisciplinaria**

¿Es la comunicación en una “ciencia” con pleno derecho? ¿En verdad no existe un dominio de objetos específicos de la esfera comunicativa y una serie de presupuestos mínimos y métodos apropiados para su abordaje? ¿La comunicación carece de un metalenguaje propio? Estas y otras preguntas, planteadas aquí por una razón meramente pragmática, atraviesan las definiciones, las querellas y los desafíos de los estudios en comunicación, campo que se ha nutrido de la convergencia, o el intento de convergencia, de gente preparada, inicialmente, en campos muy distintos: la historia, la sociología, la literatura, la tecnología, la filología, la ciencia política, por citar sólo algunas áreas del conocimiento que procuraron o debieron abordar aspectos ligados a la creciente influencia de los dispositivos tecnológicos en el armado de la escena social. Esta matriz y la

aparente falta de especificidad convirtió a la comunicación en una suerte de commodity de uso múltiple, ya sea por la diversidad de objetos implicados en su esfera de indagación, ya sea por el tratamiento, muchas veces recortado e instrumental, que suelen hacer los historiadores y los demás científicos sociales de los fenómenos comunicativos. Lo cual explica, en parte, que las preguntas antes mencionadas continúen siendo fuente de las querellas teórico-epistemológicas y metodológicas que interceptan estos espacios de las ciencias sociales.

Ahora bien, ¿cuáles son las implicancias de esa suerte de indefinición disciplinar? En primer lugar explicita los desafíos e incomodidades que ha tenido que enfrentar la comunicación desde sus inicios: la multiplicidad de los objetos implicados y la variedad de disciplinas a las cuales se acude han convertido a la comunicación en un espacio de intersecciones que incluye enfoques, metodologías y marcos conceptuales provenientes de diferentes áreas del conocimiento. En ello, paradójicamente, parecería radicar su “diferencia” (Valdettaro, 2015: 19). El segundo punto, aunque íntimamente relacionado con lo anterior, sugiere la posibilidad de establecer una serie de presupuestos fundamentales: el carácter interdisciplinario de los estudios en comunicación y el reenvío a perspectivas de distinto alcance y tradición toda vez que se busque fijar los fundamentos epistemológicos que sostienen una pesquisa. La tercera implicancia es bien operativa: la dispersión de objetos y abordajes exige establecer criterios de trabajo precisos y la elaboración de un marco teórico que dé cuenta de la especificidad del problema planteado en la investigación.

Las líneas que siguen encuadran estos desafíos en el marco un estudio centrado en la exploración y el análisis de la producción gráfica satírica de la ciudad de Rosario en los umbrales de la mediatización de su vida pública moderna (1870-1900). Dicho trabajo investigativo implicó la construcción de una historia de medios local y el estudio del desarrollo y la estabilización de la prensa decimonónica en tanto fenómeno mediático o, si se prefiere, una estructura socialmente establecida de comunicación que marca el inicio de la lenta pero inexorable articulación entre las prácticas sociales, el funcionamiento de las instituciones, los medios de comunicación existentes en la época y las normas jurídicas que prescriben su funcionamiento. Aquí nos proponemos describir el trabajo realizado y apuntar algunas de las decisiones tomadas en el armado de un diseño interdisciplinario que cruza la historiografía y la sociología de la cultura; la historiografía y la semiótica; la historiografía y la comunicación. Finalmente se hará referencia a la posición analítica y los desafíos interpretativos relacionados a los objetivos del proyecto.

### **Entre el archivo y el objeto**

Hoy sabemos que es al menos dificultoso pensar que disciplinas como la sociología, y menos aún la sociología de la cultura o la historia cultural, puedan sostenerse por sí mismas o esgrimir una

ontología propia, ajena a los dispositivos mediáticos contemporáneos y la condición polivalente y transversal de la comunicación como *argamasa* o enlace de los vínculos sociales. Pero: ¿cómo abordar un problema alojado en el pasado remoto, significativamente diferente del momento actual de la mediatización?, ¿cómo reconstruir los espacios de sociabilidad y la problemática del conflicto?, ¿de qué manera se vinculan los sistemas de signos -los llamados “intangibles”- que hemos recibido de una época con los hechos políticos, sociales y culturales de esos tiempos? El intento de dar respuesta a estos interrogantes nos obligó a sumergirnos en un proyecto interdisciplinar que parte de la aceptación de que el *nuevo* fenómeno mediático -la prensa gráfica periódica en general y la sátira gráfica en particular- no es un mero vehículo de mensajes ni supone la puesta en circulación de ventanas transparentes para mirar el mundo. Por el contrario, las representaciones, alejándonos de la semántica que nos lleva al iconismo, la objetividad y la analogía, son materialidades constitutivas y constituyentes de la trama histórica y ofrecen otra puerta de entrada para analizar la renovación de las prácticas socio-comunicativas de una época: por un lado funcionan como reservorio “testimonial” de ciertos avatares del pasado (dimensión informativa de la fuente); por el otro exponen una de las formas de “hacer política” del siglo XIX, jugando un rol protagónico en la configuración simbólica de las adversidades y los acontecimientos del periodo. Según Williams, esta perspectiva emerge como “un intento de reformular, desde un conjunto específico de intereses, aquellas ideas sociológicas generales dentro de las cuales ha sido posible considerar la comunicación, el lenguaje y el arte como periféricos” (1994: 10). E impone, además, una suerte de aclaración sobre el papel de la prensa gráfica satírica como material de archivo, ya que las representaciones seleccionadas ya no pueden ser pensadas como simples reacciones ante los hechos de la historia.

Varias son las consecuencias de este tipo de reformulaciones, ligadas en el caso de Williams a la conformación de una sociología con énfasis en lo cultural y al revalúo teórico y metodológico de los artefactos comunicacionales. Aquí nos detendremos en dos de ellas, decisivas para pensar el valor documental de la sátira gráfico. En primer lugar, se pone en duda la distinción clásica entre elementos centrales y elementos marginales de la historia cultural, lo cual implica que las crónicas humorísticas, grabados, viñetas ilustradas, caricaturas, parodias, ironías o chistes gráficos no puedan considerarse representaciones escritas y visuales sin relevancia. Por otra parte, los cuestionamientos de las visiones ortodoxas de la producción y las prácticas culturales han permitido superar dos determinismos típicos del análisis comunicacional: se rompe con las vinculaciones que anudan realidad material y realidad simbólica en términos de clase (lectura economicista de la cultura) y se vuelve anacrónica la relación isomórfica y mecánica que se establece entre determinados productos culturales y determinados contenidos (lecturas que redundan en perspectivas miserabilistas o

populistas de la cultura)<sup>1</sup>. Por el contrario, la reformulación o el giro descrito plantea la necesidad de estudiar las mediaciones formales (puesta en página, tipografía, grabados, sintaxis gráfica, recursos y procedimientos) y extra-formales existentes entre estos artefactos comunicacionales y el entorno público en el cual circulan, dado que ello permite aprehender el sistema de posiciones ideológicas, estéticas o políticas cristalizadas en algún momento de la historia: las representaciones escrito-figurativas serían elementos que encarnan, aunque de forma imparcial e incompleta, valores y sentidos que tienen un papel estratégico en los modos a través de los cuales se expresan y dirimen los conflictos (dimensión significativa del objeto analizado).

El riesgo, por lo tanto, de que tomáramos a las representaciones satíricas sin contemplar las mediaciones existentes entre estos artefactos, sus recursos y dispositivos gráficos, la adscripción genérica de la sátira en el amplio espectro de desempeños humorísticos y las circunstancias históricas en las cuales se desenvuelven, podía hacer que caigamos en argumentaciones circulares o simplemente ilustrativas, sin por ello detectar las potencialidades intelectivas que dichas representaciones ofrecen del pasado ni los roles cumplidos en las diversas luchas simbólicas. Tal como plantea Didi-Huberman:

“El (material) de archivo no es ni reflejo del acontecimiento ni tampoco su demostración o prueba. Siempre debe ser trabajado mediante cortes y montajes incesantes con otros archivos (...) Entre los excesos del positivismo y del escepticismo, habría que *aprender a leer* nuevamente los testimonios, sosteniendo la tensión entre narración y documentación. En las fuentes no deberíamos ver ni ventanas abiertas, como creen los positivistas, ni muros que impiden la visión, como dicen los escépticos” (2007: 7-32).

Fue así que la vinculación que propone Chartier entre la “construcción discursiva del mundo social y la construcción social de los discursos” (2006: 8) encontró en nuestro estudio un espacio posible de intersección para pensar las prácticas y los mecanismos de producción simbólica a partir de las cuales se aprehende y se construye la realidad social, aun cuando deban tenerse en cuenta las dificultades que presenta todo intento de interpretación de este tipo de objetos-fuentes. Están lejos de constituir mirillas transparentes sobre lo acontecido. Más bien son un reservorio de representaciones fragmentadas del pasado que exigen fijar claros criterios de intervención analítica. El humor, o la sátira, en cualquiera de las formas y lenguajes expresivos, es un modo de *mostrar* y un modo de *ver* que nos llega como una reminiscencia cargada de huellas, algunas veces inasibles, que deben ser escudriñadas en su especificidad y cruzadas con otras fuentes documentales si queremos definir los

<sup>1</sup> Al respecto seguimos la crítica cultural ensayada por Grignon y Passeron (1989) y un más reciente trabajo de Grimson (2011).

rasgos de una cesura histórica que marca sus condiciones de aparición y el funcionamiento *en* contexto.

La prensa gráfica satírico-política aparece entonces como una fuente historiográfica que conjuga la capacidad de ofrecer testimonios escrito-figurativos del pasado y la de ser, al mismo tiempo, generadora de regímenes de percepción que interactúan en los márgenes culturales, ideológicos, sociales de una época. No hay ningún enunciado, ninguna representación, que no se relacione con otras, y eso es esencial para la comprensión de aquellos antagonismos, imaginarios o sensibilidades políticas puestas en disputa. Decir, por lo tanto, que la prensa gráfica decimonónica expresó una de las formas de “hacer política”, como también lo fueron las contiendas electorales, las revueltas armadas, el *meeting* social o los banquetes, no solo expresa la mediatización de las adversidades sociales; también señala lo que Mouffe (2007) define como la ontología conflictual o agonística de lo político, algo que en el periodo estudiado estaba lejos de poder encausarse por “las vías democráticas” y derivó muchas veces en antagonismos violentos, enfrentamientos armados o prácticas fraudulentas y excluyentes desde el punto de vista electoral<sup>2</sup>.

De esta manera, los documentos seleccionados “informan”, opaca y fragmentariamente, la realidad social de una época y juegan el rol de actores en el escenario social, comunicacional y político en el que tuvo lugar la confrontación simbólica. Como bien indican Da Orden y Melón Pirro, son “retazos del pasado cuya primera lectura ha quedado impresa en una tinta, y una tipografía, y una imagen o grabado, propias de ese mismo pasado” que ayudan a construir (2007: 22, subrayado nuestro). Por lo tanto, la singularidad de los modos en que producen sentido y la red de relaciones que podamos establecer constituyen aspectos que deben recuperarse a fin de estudiar a estas materias significantes en el mismo proceso histórico de su surgimiento.

El intento de dar respuesta a los propósitos planteados implicó un pormenorizado rastreo y descripción del archivo disponible, la formalización de un objeto teóricamente construido a partir de las nociones de representación, mediatización y sátira y la operativización de estos conceptos tendiente a focalizar la atención analítica: se fijó que el interés de nuestro estudio quedará circunscripto al temario político de la época, lo cual delimitó el área de observancia e hizo posible establecer un criterio de clausura de orden empírico, y se generó una matriz que sea capaz de articular los diversos planos del proceso de mediatización estudiado, algo propio de las incomodidades teórico-epistemológicas y metodológicas de la interdisciplinariedad. Finalmente, y es

---

<sup>2</sup> Vale aclarar que Mouffe (2007) dedica su trabajo a la crítica de las visiones “pospolíticas” liberales que priman en las democracias actuales: de allí que hayamos entrecomillado “por las vías democráticas”, más allá del uso que podamos hacer de su enfoque sobre la dimensión conflictual de la vida social. Para Mouffe esas visiones liberales hacen del racionalismo, el individualismo y el consenso la negación misma de *lo político*. Es decir, niegan la dimensión “agonística” que enmarca toda lucha política (en este razonamiento, *la política* refiere al nivel óptico: conjunto de prácticas e instituciones) (2007; 2014).

el punto en el que quisiéramos detenernos, se buscó establecer la posición analítica asumida. Mencionemos ahora, sobre la base de lo dicho, algunos de los presupuestos que guiaron la crítica-interpretativa finalmente llevada adelante: 1-El análisis de las prácticas sociales y los sistemas simbólicos no es una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones, y hay que aceptar *su* condición intrínsecamente fragmentaria e incompleta (Geertz, 1992); 2-La lógica ambivalente, fallida, intertextual, dialógica e intersubjetiva de la sátira exige un cuidado interpretativo adicional por parte del observador: estos artefactos comunicacionales pueden constituirse en fuentes históricas siempre que nos desmarquemos de aquella actitud que supone que la prensa gráfica es “una mina de información de primera mano” (Ginzburg, 2008: 68), al tiempo que funcionan como la materialización de posiciones diferenciadas en las que se entrelazan los eventos socio-políticos y la escena comunicativa: una relación bidireccional en donde la situación histórica aparece moldeando a las representaciones humorísticas (y por lo tanto brinda datos imprescindibles para la interpretación del corpus) y éstas, a su vez, juegan un papel que moldea y repercute en la esfera pública; 3-El acto analítico supone establecer parámetros precisos de interpretación.

Las rápidas referencias que haremos a una clásica controversia entre Rorty y Eco es una excusa para pensar los límites dentro de los cuáles practicamos nuestras lecturas críticas del objeto.

### **Epistemología de la interpretación**

“Las razones de la incerteza de medicina parecían ser dos, fundamentalmente. En primer lugar, no bastaba catalogar las distintas enfermedades de manera de integrarlas a un esquema ordenado: en cada individuo, la enfermedad asumía características diferentes. En segundo término, el conocimiento de las enfermedades seguía siendo indirecto, indicial: el cuerpo viviente era, por definición, intangible. Por supuesto, era posible seleccionar el cadáver, pero ¿cómo remontarse desde el cadáver, ya afectado por la muerte, a las características del individuo vivo? (...) En las discusiones sobre la *incerteza* de la medicina, estaban ya formulados los futuros dilemas epistemológicos de las ciencias humanas”.

Carlo Ginzburg (2008: 208).

Hemos insistido a lo largo de la ponencia con el principio de que el lenguaje o las representaciones escrito-figurativas no deberían entenderse como meros instrumentos, sino como un tejido pre-constituido y constituyente que cualifica histórica y culturalmente la experiencia del sujeto. Y agregamos, en el último apartado, la idea de que la interpretación exige tener en cuenta las particularidades de los emplazamientos materiales y simbólicos, el entramado histórico y los

diferentes tipos de representaciones involucradas en la comunicación. Principio que supone relativizar los alcances del interpretativismo radical “que piensa que todo se puede vincular con todo” (Fabbri, 2000: 35) y nos acerca a un horizonte de entendimiento e inteligibilidad que clausura, aunque se de manera precaria y sincrónica, la remisión ilimitada de las significaciones.

En este apartado, y tal como adelantamos, nos valemos del contrapunto entre Rorty y Eco con el fin de ligar sus controversias con las raíces filosóficas que respaldan posiciones encontradas respecto de la fluidez o los límites de todo acto de reconocimiento, por más académico o profesional que pretenda ser. Las matrices trabajadas por Eco y Rorty no sostienen una puja epistemológica irreductible. Ambas se mueven en consonancia con el llamado giro lingüístico (*linguistic turn*) y la consecuente negación del positivismo lógico y su epistemología de la verdad, la objetividad y la neutralidad científica<sup>3</sup>. Asimismo, los dos autores escapan a la idea de un intercambio comunicativo lineal en el que existirían agentes dotados de conciencia que codifican y decodifican mensajes, narcisismo que fue desmontado por Freud y le sirvió a Barthes para plantear la situación siempre paradójica del investigador:

“(…) comúnmente se admite que leer es decodificar: letras, palabras, sentidos, estructuras, y eso es incontestable; pero acumulando decodificaciones, ya que la lectura es, por derecho infinita, retirando el freno del sentido, poniendo la lectura en rueda libre (que es su vocación estructural), el lector resulta atrapado en una inversión dialéctica: finalmente, ya no decodifica, sino que sobre-codifica, ya no descifra, sino que produce, amontona, lenguajes (...) ésa es exactamente la situación del individuo humano, al menos tal como la epistemología psicoanalítica intenta comprenderla: un individuo que ya no es el sujeto pensante de la filosofía idealista, sino más bien alguien privado de toda unidad, perdido en el doble desconocimiento de su inconsciente y de su ideología, y sosteniéndose tan sólo gracias a una gran parada de lenguajes” (1987: 48-49).

La conclusión de Barthes, aunque provisoria, clausura la posibilidad de una *Semiología de la lectura*, a menos que “llegue un día en que sea posible -contradicción en los términos- una Ciencia de la Inagotabilidad, del Desplazamiento infinito” (1987: 49, destacados del autor). ¿Cómo hacer ciencia del “desplazamiento infinito” si toda elucubración científica sería ya, en ese gesto, una parte más de la *semiosis ilimitada*? En torno de esta aporía se sigue debatiendo parte del destino de las ciencias

<sup>3</sup> Vale citar, aunque resulta insuficiente, los ejes que resumen la posición filosófica expresada en el *giro lingüístico*: 1-lenguaje y mundo ya no pueden presentarse en forma separada sino que empiezan a pensarse en términos co-extensivos; 2-el lenguaje, lejos de ser un instrumento, *habla* al hombre (Scavino, 1999: 12).



sociales: ¿Cuál es el modo de producir conocimiento? ¿Cómo asentar una *verdad* científica? ¿Cuál es el “giro” de Rorty respecto de las posibilidades intelectivas del analista?

Tanto Eco como Rorty coinciden en la crítica de las teorías interpretativas que le otorgan preeminencia a la intención aural (*intentio auctoris*). Sin embargo, difieren en los condicionamientos que todo emplazamiento escrito-figurativo promueve en la lectura: Eco reivindica las potestades de las representaciones o de las obras como orientadoras de la lectura (nuestra perspectiva de análisis, adelantamos, concuerda en este punto con la mirada del filósofo, semiólogo y escritor italiano); mientras que Rorty considera preponderante los usos que hace el lector en tanto modelador primordial del sentido. Dichas opciones definen posibilidades interpretativas diferentes, amén de que ambas propuestas intelectuales aparecen enmarañadas por la doctrina de Peirce.

¿Cuál sería el “giro” de Rorty respecto de las posibilidades intelectivas del analista? Rorty propone una clara reivindicación del intérprete de las representaciones. Su pragmatismo encierra una suerte de utopía del lector, capaz de prescindir de “todos los grandes dualismos de la filosofía occidental: realidad y apariencia, resplandor puro y reflejo difuso, cuerpo y mente, semiótica ordenada y semiótica incoherente”, y capaz, luego, de usar los textos y figuraciones de la cultura sin ninguna “fidelidad al objeto descrito” (1997: 107-108).

El anti-racionalismo de Rorty lo lleva por esta vía al cuestionamiento de la dicotomía entre “texto y lector, entre *intentio operis* e *intentio lectoris*” planteada por Eco (1997: 111). Para Rorty no hay, no puede haber, diferencia entre uso e interpretación, dado que “interpretar algo, conocerlo, penetrar en su esencia, etcétera, son sólo diversos modos de describir algún proceso de ponerlo en funcionamiento” (1997: 109). ¿Qué pondríamos en “funcionamiento” en nuestro análisis de la prensa gráfica satírica? El uso de los textos escritos y representaciones figurativas. Y todo lo que haríamos, en la visión pragmática y radical de Rorty, es someterlos a infinitas conjeturas, imposible de asir al deseo monomaniaco de encontrar la Única Descripción Correcta. Cualquier texto, obra, discurso o representación pasaría a ser un objeto que la interpretación construye (y acá Rorty toma prestada una frase del propio Eco) en “el curso del esfuerzo circular de validarse a sí misma sobre la base de lo que construye como resultado” (Rorty, 1997: 113)<sup>4</sup>. Rorty da a entender en estas líneas brevemente desgranadas la visión holística, radicalmente aleatoria, de sus tesis interpretativas y la incapacidad de fijar algún parámetro comprensivo que detenga la inagotable hermenéutica.

---

<sup>4</sup> “El texto es un objeto que la interpretación construye en el intento circular de convalidarse a través de los que la construye”, según la traducción ofrecida en el libro “Los límites de la interpretación” con el cual trabajamos (Eco, 1998: 41). Su publicación original es de 1990 y expone, contrariamente a esta frase “pragmatista” festejada por Rorty, la distinción analítica entre *intentio operis* e *intentio lectoris* y entre uso e interpretación, lo cual va a ser criticada por la hermenéutica radical

“Leer textos es una cuestión de leerlos a la luz de otros textos, personas, obsesiones, retazos de información o lo que sea, y luego ver qué pasa. Lo que pasa puede ser algo demasiado extraño e idiosincrásico como para preocuparse por ello (...) De modo que me parece más sencillo desechar la distinción entre usar e interpretar, y sólo distinguir entre usos diferentes para fines diferentes (1997: 122-123).

¿Cuál es el “giro” de Eco respecto de las posibilidades intelectivas del analista? Eco, atacado por su antigua concepción del código y por la terquedad mostrada en el intento de encontrar la coherencia interna de las representaciones a través del estudio semiótico, enfatiza otros aspectos epistemológicos a la hora de establecer los condicionamientos que las obras le imponen al lector. Ahora bien, ¿cuál es el armazón teórico que le permite atar el *principio de indeterminación* que reconoce en todo acto de lectura con la posibilidad de establecer algún orden de inteligibilidad? Incluso en las primeras obras de Eco, atadas como dijimos a la búsqueda de estructuras coherentes de significación, subyacía el inacabado propósito de ponerle algún límite a la interpretación, algo que en “Los límites de la interpretación” (-1990-, 1998) e “Interpretación y sobreinterpretación” (-1992- 1997) termina explicitando las diferencias con el radicalismo filosófico encarnado en Rorty. Eco toma como base genealógica de esta diferencia la oposición Edad Media-Renacimiento:

“(...) la Edad Media había ido en búsqueda de la pluralidad de los sentidos ateniéndose, con todo, a una rígida noción de texto como algo que no puede ser autocontradictorio. En cambio, el mundo renacentista, inspirado por el hermetismo neoplatónico, intentó definir el texto ideal, en forma de texto poético, como aquel que puede permitir todas las interpretaciones posibles, incluso las más contradictorias” (1998: 30).

En esa frontera, en ese umbral epistemológico, que Eco termina caracterizando como la diferencia entre la “interpretación semántica”, completada a su manera por el lector, y la “interpretación crítica o semiótica” que intenta explicar las interpretaciones semánticas y propone una lectura metódica del material analizado, se llevaría a cabo la batalla actual por determinar la existencia o no de límites en los actos de reconocimiento. La “interpretación semántica” presupone un uso libre de los textos, un juego inferencial que acumula los vicios epistemológicos de la “semiosis hermética” en el que Eco ancla la postura de Rorty: el texto no sería otra cosa que un universo abierto a las conexiones del lector, lo cual habilita infinitas remisiones dadas en cadenas causales que niegan toda identidad y el principio de no contradicción (1998: 60-61). Mientras que la segunda, la “interpretación crítica o semiótica” no excluye la colaboración enciclopédica del “destinatario”, pero respeta a la obra, al

texto, a las representaciones, en tanto “la iniciativa del lector –investigador- consiste en formular una conjetura sobre la *intentio operis*” (1998: 41).

El empleo deliberadamente esquemático de ambos “modelos interpretativos abstractos” operan en Eco como un desafío al “idealismo mágico” de la filosofía anglosajona y al deconstruccionismo radical. Eco, dice Paolo Fabbri, construye dicho esquematismo con el propósito de introducir una crítica a la “lectura absoluta” de quienes, “por criticar la idea de código (y con ello aquella vieja presunción de descifrar la Única Descripción Correcta), retoman mal a Peirce y *piensan que todo se puede vincular con todo*.

En la perspectiva de Rorty, el nihilismo más extremo y radical le permite refutar a Eco alegando que la posición del semiólogo italiano es un juego retórico más, una pose poética que se ignora como tal, una sofística no declarada. Es decir: una mera interpretación. Por su parte, Eco cuestiona el modo en que Rorty entiende la idea peirciana de semiosis ilimitada, dado que el extremismo del razonamiento de Rorty daría a entender que no existen posibilidades de establecer parámetros de interpretación, aunque sean mínimos y observables de acuerdo al *principio de contextualidad* o *hábito interpretativo* legados por el padre de la semiótica. Llegado a este punto es necesario transcribir algunos pasajes del razonamiento de Eco, ya que pueden aclarar parte del recorrido realizado y fijar los criterios en los ubicamos nuestra práctica crítico-interpretativa:

“El pragmatismo del que habla Rorty no es el pragmatismo de Peirce (...) Para Peirce la interpretación es posible porque la realidad se nos aparece en forma de un *contínuum* en el que no hay individuos absolutos (...) sino que la realidad es un *contínuum* que nada en la indeterminación (...) y la semiosis es potencialmente ilimitada (...) Aunque Peirce también está afirmando un principio de contextualidad: algo puede aseverarse verdaderamente dentro de los límites de un universo de discursos determinado y bajo una cierta descripción, pero tal aserción no agota las demás determinaciones, potencialmente infinitas, de ese objeto” (1998: 366).

Finalmente, la lectura que Eco hace de Peirce plantea una diferencia sustantiva entre la *semiosis hermética* y la *semiosis ilimitada*:

“(...) en Peirce aparece algo que no puede encontrar lugar alguno dentro de un marco deconstruccionista: fuera del interpretante inmediato, emocional, enérgico y lógico – todos internos al proceso de la semiosis-, está el interpretante final: el Hábito. El

formarse del Hábito, en cuanto disposición a actuar, detiene (al menos transitoriamente) el proceso sin fin de la interpretación” (1998: 368).

De esta manera, Eco introduce un límite a la interpretación que retrotrae la discusión a cierta dimensión tradicional de la racionalidad. Y agrega así un *nuevo* capítulo de la *vieja* querrela que el positivismo instaló contra las prácticas interpretativas: el problema del consenso y la verdad. Si el relativismo de Rorty se funde con la inconclusividad de la comprensión, Eco intenta señalar las posibilidades de una cierta “verdad” -todo lo entrecomillada que se quiera-.

### **Sentar posición**

Hemos dicho que para Rorty es posible acceder al mundo solamente a través de un lenguaje heredado y múltiple, cada uno de los cuales es creador de mundos diversos y “una enciclopedia laberíntica y potencialmente infinita de afirmaciones” (Rorty, 1997: 116). El proceso hermenéutico multiplica las interpretaciones, y ya no importa que se trate de textos literarios o textos filosóficos o, podríamos agregar, representaciones aparecidas en la prensa gráfica periódica, dado que todos dan lugar a un uso conjetural de carácter infinito. Y si interpretar es crear, como dice Rorty, no resulta sorprendente que tal postura privilegie “la experiencia artística antes que el saber científico” o cierta lectura metódica del material analizado (Scavino, 1999: 49).

Por su parte, Eco parece oscilar entre doxa y episteme (Platón), entre doxa y ciencia, encargándole a esta última el poder de determinar alguna interpretación aceptable. Contra las lecturas aberrantes, contra *la verdad que se hace y no se descubre*, como postula Rorty, el italiano intenta atajar los perjuicios de las sobreinterpretaciones: Eco reconoce la heterogeneidad de los actos de reconocimiento, pero estos deben estar ajustados al consenso comunitario, a las particularidades de los textos y dispositivos, a sus materialidades, valores y recursos. La diferencia entre una interpretación *sana*, a diferencia de una interpretación *paranoica*, aparece definida por “la dialéctica entre los derechos de los textos y los derechos de los intérpretes” (1997: 33). Dentro de esos parámetros tendrían que moverse las inferencias abductivas del investigador.

Dijimos que la discusión entre Rorty y Eco, tanto como las derivaciones planteadas, tenían el único propósito de fundamentar nuestra crítica, nuestra interpretación, nuestra lectura de las representaciones satíricas seleccionadas. Salgámonos entonces de este laberinto. Para eso nos parece necesario recuperar algunas breves y esquemáticas reflexiones sobre lo planteado por Peirce, el convidado de piedra del recorrido realizado, y exponer finalmente cuáles son los criterios que fijan nuestra posición analítica, más cercana por cierto a la visión ofrecido por Eco.

La idea de semiosis infinita se funda en el carácter triádico que Peirce le asigna al signo (representamen-objeto-interpretante), y cuya lógica de los relativos hace que el proceso vaya de un signo a otro signo en el marco de una cultura. Dicha concepción permite la construcción de hábitos interpretativos, lo cual lleva a una *interpretación final* (en sincronía y por lo tanto provisoria) que aleja al pensamiento de Peirce del mero idealismo. También mencionamos que lo “real” no puede verse si no es a través de los signos y que la *verdad*, por lo tanto, aparece como una suerte de convención sostenida por su cualificación histórica y cultural, en términos de Heidegger, o por los cánones hegemónicos de una época. Esto último, como ya hemos explicado al hablar del *principio de contextualidad*, no garantiza el hallazgo de una verdad última, perfecta y racional, aunque desde un punto de vista metódico ayuda a contener, usando una imagen de Zecchetto (2005), el *río tumultuoso* en el que se mueve la semiosis.

Como agregado pueden citarse otras barreras que hacen que la interpretación sea menos aleatoria: el género analizado, los propios medios y los soportes significantes, las estructuras discursivas o las isotopías semánticas. También la intertextualidad niega el relativismo absoluto de la crítica: el diálogo polémico que se establece entre las imágenes y textos que circulan a través de las publicaciones gráficas seleccionadas constituye un elemento decisivo para acotar el sentido de las representaciones. Algo que exige, nuevamente, y por la convergencia de las diversas disciplinas implicadas la investigación, el trabajo y la lectura simultánea en diversos planos de análisis.

### **Bibliografía citada**

- Barthes; R. (1987). *El susurro del lenguaje*. Buenos Aires: Paidós
- Chartier, R. (2006). *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*. Buenos Aires: Manantial
- Da Orden, M. y Melon Pirro, J. -comps.- (2007). *Prensa y peronismo. Discursos, prácticas, empresas, 1943-1958*. Rosario: Prohistoria Ediciones
- Didi-Huberman, G. (2007). *Das Archiv brennt*, en Georges Didi-Huberman y Knut Ebeling (eds.), *Das Archiv brennt*. Berlin: Kadmos, pp. 7-32. (Traducción de Juan Antonio Ennis para uso de la cátedra de Filología Hispánica de la Universidad Nacional de La Plata). Disponible en: <http://filologiaunlp.files.wordpress.com/2012/05/el-archivo-arde1.pdf>
- Eco, U. (1981). *Lector in fabula*. Barcelona: Lumen
- Eco, U. (1997). *Interpretación y sobreinterpretación*. Madrid: Cambridge University Press
- Eco, U. (1998). *Los límites de la interpretación*. Barcelona: Lumen
- Fabbri, P. (2000). *El giro semiótico*. Barcelona: Gedisa
- Geertz, C. (1992). *La Interpretación de las Culturas*. México: Gedisa

- Ginzburg, C. (2008). *Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales*, en: *Mitos, emblemas, indicios*. Barcelona: Gedisa.
- Grignon, C. y Passeron, J. (1989). *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*. Nueva Vision: Buenos Aires
- Grimson, A. (2011). *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Mouffe, C. (2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- Peirce, C. (1988). Algunas consecuencias de cuatro incapacidades, en: *El hombre, un signo*. Barcelona: Crítica
- Peirce, C. (1997). Falibilismo, continuidad y evolución, en: *Escritos filosóficos. Charles Sanders Peirce*. México: Colegio de Michoacán. (Traducción: Fernando Bebía Romero)
- Rorty, R. (-1967-, 1998). *El giro lingüístico. Dificultades metafísicas de la filosofía lingüística*. Buenos Aires: Paidós
- Rorty, R. (-1967-, 1998). Veinte años después, en: *El giro lingüístico. Dificultades metafísicas de la filosofía lingüística*. Buenos Aires: Paidós
- Rorty, R. (1997). El progreso del pragmatista, en: Eco, U., *Interpretación y sobreinterpretación*. Madrid: Cambridge University Press
- Scavino, D. (1999). *La filosofía actual. Pensar sin certezas*. Buenos Aires: Paidós
- Valdettaro, S. (2015). *Epistemología de la comunicación*. Rosario: UNR Editora.
- Vitale, A. (2008). *El estudio de los signos. Peirce y Saussure*. Buenos Aires: EUDEBA
- Williams, R. (1994). *Sociología de la cultura*. Barcelona: Paidós.
- Williams, R. (2009). *Marxismo y literatura*. Buenos Aires: Las Cuarenta.
- Zecchetto, V. (2005). Charles Sanders Peirce, en: *Seis semiólogos en busca del lector*. Buenos Aires: La Crujía